El avion

eduardo sallenave

Capítulo 1

El avión

Siempre me pareció fascinante que uno pueda meterse en un tubo de metal, volar a diez mil metros de altura y viajar a cualquier lugar del mundo.

Y allí estaba, sentado en la fila 9, lado ventanilla, ya con el cinturón abrochado aunque todavía faltaba un rato para despegar.

Muchas veces elijo el asiento al lado del pasillo, dado mi altura, me permite estirar los pies y estar algo más cómodo. Pero como el viaje era corto, menos de dos horas, decidí que sería bueno poder mirar el paisaje y sacar alguna foto. El día estaba despejado, prometía buenas vistas.

El clima no es un tema menor. Un par de días antes comienzo a fijarme cómo estará el día del vuelo. Me pone algo nervioso si hay tormenta. No cuando llueve, sino esas tormentas fuertes con viento y rayos. Por ahora no me ha tocado volar en estas condiciones.

Llega mi compañero de asiento. Mientras acomoda su equipaje de mano en el gabinete superior, me apresuro a ocupar el apoyabrazos. Como delimitando espacios, sonrío al darme cuenta que son como pequeñas batallas silenciosas por territorios de centímetros, que según la duración del vuelo, cansancio y postura, pueden valer mucho. Se sienta, nos saludamos y mantengo mi posición, mientras se ajusta el cinturón coloca su brazo, que encuentra mi codo, entonces debe moverse más adelante. Por ahora voy ganando.

Me asomo por la ventanilla y miro el “mundo” que es un aeropuerto, un ir y venir de personal y vehículos en las plataformas. Al lado de nuestra posición un señalero le da indicaciones finales a un avión que recién aterriza. Más allá le cargan combustible a otro. Por el lateral de las plataformas, como camino de hormigas muy bien organizadas, los colectivos llevan y traen pasajeros entre avión y terminal. Intercalados cada tanto, camiones de catering, alguna camioneta de seguridad aeroportuaria y vehículos de mantenimiento.

Me detengo en el ala de nuestro avión. Me gustan los detalles de fabricación, los remaches prolijamente alineados delimitando paneles. La frase “no pisar” y su versión en inglés sobre la zona cercana a los flaps y el borde de ataque. Cuando estas palabras llegan a mi mente recuerdo cómo las aprendí, se partes de los aviones y ciertos funcionamientos, gracias a revistas de ciencia leídas en mi infancia. Porque estos tubos de metal, siempre me cautivaron. Sonrío y cierro los ojos recordándome recostado en el sillón de casa, devorando la revista “Muy Interesante” que

me llevaba al tiempo de los dinosaurios, a las pirámides enigmáticas de Egipto, los misterios de los ovnis y claro, los aviones. Vuelvo al ala y luego a la turbina, imponente, donde se concentra la potencia que nos llevará lejos, con líneas redondeadas en la entrada de aire que imagino suaves al tacto, perfectamente diseñadas, hermosas.

Vuelvo al interior. Ya están casi todos sentados. Por el altavoz se pide ocupar rápidamente lugares y compartimentos de equipaje. Una de las azafatas comienza a controlar que tengamos los cinturones colocados. Corro a un lado mi campera antes que llegue a nuestra fila. Así puede ver que cumplo con el requisito. ¿Tengo miedo de que me llame la atención? Quizás. Siempre trato de cumplir las normas. Llega, mira. Aprobé.

Del compartimento de revistas del asiento delante del mío tomo la cartilla de seguridad. De fondo escucho las indicaciones sobre las salidas de emergencia y uso del chaleco salvavidas. La cartilla refuerza la información, pero me quedo mirando los dibujos que ilustran cómo salir del avión, cómo usar los toboganes, cómo aplicar una mascarilla de oxígeno a un menor, etc. Imagino a los diseñadores gráficos tratando de buscar la mejor manera de trasmitir información tan delicada, que por mi experiencia nadie mira y en el caso de una emergencia ¿alguien la miraría o ya forma parte de nuestro inconsciente y sabríamos que hacer? Bueno, ojala nunca lo compruebe.

La azafata pasa haciendo una nueva revisión de cinturones. Ya estamos rodando hacia la cabecera de la pista. En diagonal a mi fila, veo a una señora, la noto nerviosa. Su mano izquierda agarra con fuerza el apoyabrazos, la punta de sus dedos están blancas acusando la presión. Con su otra mano toca sin cesar la pantalla para entretenimiento, tratando de encenderla, lo logra, se frustra porque solo le entrega la imagen del logo de la aerolínea y un mensaje que anuncia que se habilita una vez en vuelo. Resopla. Me da ganas de levantarme y calmarla. A mí también me pone nervioso volar, pero no tanto. Y cuando lo noto en otros quiero calmarlos, hablarle de lo seguro que son los aviones, de la tecnología, de cómo se evitan tormentas, de los momentos del vuelo y varias cosas más, pero también sé que la emoción muchas veces le gana a la razón.

Hace rato que perdí mi lugar en el apoyabrazos. Entre tantos pensamientos mis movimientos me alejaron de esa zona y mi compañero de viaje gano terreno. Vuelvo a la ventanilla. Estamos en espera antes de ubicarnos en la cabecera. Hoy es un día de muchos vuelos. Quedo ubicado justo al lado de la pista, a la altura donde los aviones hacen contacto con el asfalto al tocar tierra levantando una nube blanca por el roce del caucho de los neumáticos. Veo dos aterrizajes. Se escucha el chirrido del roce de las ruedas traseras, más adelante la rueda de la nariz y el estruendo de

los motores en empuje inverso para la desaceleración.

Desde unas filas más atrás se escuchan risas de niños. Quizás los que luego llorarán por efecto de la presión en los oídos que uno adulto sabe evitar mascando chicle o moviendo las mandíbulas como si masticara aire. Yo vuelo desde chico. No tengo muchos recuerdos de los primeros vuelos. Seguro serían también entre risas y juegos porque un avión no deja de ser una aventura interesante y de descubrimiento.

Avanzamos. El capitán anuncia a la tripulación que ocupen sus lugares para el despegue. Mi compañero de fila chequea su cinturón, se reacomoda en el asiento. Deja la revista de cortesía en el compartimento. La señora que insistía con la pantalla, ahora mueve sus labios como balbuceando algo mientras tiene los ojos cerrados.

Cuando el avión gira para acomodarse en la cabecera puedo ver la pista en toda su longitud. Una prolija cinta gris, salpicada por manchas negras de caucho, se extiende varios metros enmarcada con luces que señalan ubicación y recorrido cuando la luz natural ya escasea.

Cuando el piloto da potencia a los motores, siempre cierro los ojos. Se maximizan los otros sentidos. La presión en el cuerpo te empuja contra el asiento. La estructura se mueve, crujen los asientos, las mesas rebatibles, hay silencio rodeado del sonido enorme de las turbinas. Internamente el aire se mueve, llegan fragancias de quienes tuvieron el detalle de perfumarse. Avanzamos cada vez más rápido. Hasta V1, recuerdo mis aprendizajes, la velocidad de despegue donde no hay posibilidad de frenado, hay que despegar sí o sí. Lo hacemos.

Abro los ojos. Me siguen fascinando estos tubos de metal. Y sí, me pongo algo nervioso. Al fin y al cabo el ser humano está diseñado para tener los pies en la tierra.